

INTRODUCCIÓN

Mi experiencia americana, desde que llegué a aquellas tierras por primera vez en 1961, provocó un interés apasionado por el, en su día, llamado Nuevo Mundo. Ese interés no ha desaparecido con los años; en todo caso, se ha incrementado y estimulado a través de viajes, lecturas y contactos personales.

El desarrollo de ese interés fue pasando por diversas etapas que, de alguna forma, han marcado mi itinerario biográfico. Empezó siendo un interés por el exilio español después de la Guerra Civil acogido en países latinoamericanos y por aquellos protagonistas personales del mismo, que fui conociendo en mi período americano: José Gaos, Jorge Guillén, Pau Casals, José Ferrater Mora, Vicente Lloréns, Manuel Andújar, María Zambrano..., por citar sólo algunos nombres conocidos. El testimonio de ese interés han sido varias investigaciones y algunos libros que probablemente el lector conoce¹.

Del interés por el exilio pasé a otro, más amplio, por los pensadores y filósofos más eminentes del inmenso mundo americano, fijando sobre todo mi atención en los grandes ensayistas, virtuosos de una prosa de gran riqueza y atractivo que me enamora. Muchos de ellos aparecen en este libro. El resultado de este interés fue la puesta en marcha de una disciplina nueva titulada «Historia de las Ideas americanas», que estuve impartiendo durante veinte años (1968-1988) en la entonces llamada

¹ Los dos más importantes son *El exilio filosófico en América. Los trasterrados de 1939*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1998; y la obra colectiva dirigida por mí *El exilio español de 1939*, 6 vols. Madrid: Taurus, 1976-1978.

Facultad de Filosofía y Letras (Departamento de Historia de América), de la Universidad Complutense. En ese marco nació el libro *La idea de América*², del cual éste que el lector tiene entre manos puede considerarse una reedición, aunque muy ampliada, corregida y actualizada. Me voy a detener aquí en algunas de las novedades que puede representar esta edición respecto de la anterior.

El hilo conductor de todas mis investigaciones ha sido siempre la Historia de las Ideas, y desde el primer momento me atrapó la «idea de América». ¿Cómo se fue forjando la idea de una unidad continental en un territorio habitado por pueblos y culturas muy diversas y dispersas —aztecas, mixtecas, taínos, caribes, mayas, incas, chibchas, guaraníes, mapuches, etc.—, con frecuencia aislados por inmensas distancias geográficas? A contestar esta pregunta trata de contribuir este libro, mediante una meditación a la que he dedicado muchas horas de mi vida.

Es evidente que el proceso de esa forja de la idea de América no ha sido fácil y aún hoy ofrece interrogantes que no admiten una contestación sencilla y unánime. Durante siglos se ha contrapuesto la «América latina» a la «América sajona», pero tampoco eso está claro. Se argumenta que México pertenece a la América del Norte y que el Tratado de Libre Comercio entre México, Estados Unidos y Canadá, cambia la situación estratégica del país azteca; de modo que aquello que tanto se ha dicho —que América Latina comienza al sur de río Bravo— es hoy en día discutible. Ahora mismo la división entre lo «latino» y lo «sajón» está en entredicho también por la emergencia de un cierto protagonismo de los pueblos de origen africano: se pone de moda la santería, el vudú, el candomblé, el rastafarismo, la poesía afroantillana, y esto ocurre con pueblos que pueden hablar español, portugués, inglés o francés indistintamente.

Las tesis que fundamentan esta indefinición de «América» se basan en el origen europeo del término y del mismo concepto. Según esta opinión, «América» es un producto del relato histórico europeo que trató de asimilar los nuevos territorios en detrimento de las poblaciones aborígenes, lo que traducido en términos prácticos viene a configurar a América como una inmensa superficie de tierras ricas en recursos naturales y con abundante mano de obra barata. Por supuesto, los españoles y los portugueses, primero, y los criollos, después, fueron los protagonistas de dicho proceso,

² Aparecido en Madrid: Ediciones Istmo, 1972.

lo que, en definitiva, viene a reafirmar el predominio social, económico y cultural de los colonos. Ése es el punto de vista de Walter D. Mignolo en su reciente libro, donde dice:

Vista desde la perspectiva de la colonialidad, la singularidad de América también radica en el hecho de que es el espacio donde una población de criollos de ascendencia europea logró independizarse de la metrópoli imperial y reprodujo en los nuevos gobiernos independientes del Norte y del Sur la lógica de la colonialidad en desmedro de las poblaciones indígenas y de origen africano. En consecuencia, la población criolla de ascendencia europea en América del Sur y el Caribe asumió el papel de amo, si bien al mismo tiempo fue esclava de Europa Occidental y Estados Unidos³.

La opinión me parece excesivamente unilateral, y deja de lado el hecho básico que configura básicamente la estructura socio-cultural del continente americano: el mestizaje, tanto biológico como cultural, constructor de un territorio con personalidad propia. El cómo se ha desarrollado y evolucionado dicha personalidad constituye el objetivo básico que nos hemos propuesto en este libro. La idea de que América tiene una personalidad propia quedó ampliamente demostrada durante el período de la guerra fría, a lo largo del cual América Latina supo mantener el pulso y defender su identidad propia, frente a los diferentes intentos de «satelización». La verdad es que, como hemos dedicado un capítulo entero al tema, aquí no voy a insistir más en ello. El problema es que justamente ahora cuando el proceso de «globalización» se ha puesto en marcha, todo eso empieza a ponerse en duda. Pero precisamente por eso ha llegado el momento en que América se reencuentre consigo misma; creo que esto lo han comprendido los pensadores que ahora hablan de «segunda independencia», a los que también dedicamos atención en el último capítulo.

La tesis fuerte que aquí defiendo es que la idea de América como unidad continental es un producto hispánico por excelencia, en la medida que nuestra cultura está especialmente dotada para la síntesis y la integración, y por eso es una idea que ha tenido especial desarrollo en los pensadores y ensayistas iberoamericanos. El mejor ejemplo de lo que decimos es que en Estados Unidos no se acepta esta idea: en todas las geografías que he

³ Walter D. Mignolo (2007): *La idea de América Latina: la herida colonial y la opción decolonial*. Barcelona: Gedisa, p. 71.

manejado en inglés se habla reiteradamente de dos continentes, divididos por el istmo de Panamá; jamás en estos libros se habla de unidad continental, como lo hizo en su día Simón Bolívar.

Un problema distinto es si puede seguir hablándose de América Latina y, sobre todo, distinguiéndola tajantemente de la América sajona. La idea de que México está acercándose cada vez más a Estados Unidos y alejándose del resto de los países latinoamericanos es un hecho real, hasta el punto de que se está produciendo paralelamente un proceso de reagrupación de los países del sur de América. Se habla de «Unión Sudamericana», y en este proceso de reagrupamiento Brasil está ocupando un liderazgo indiscutible. He aquí una polarización —México/Brasil— que puede ser peligrosa; de lo que no parece haber dudas es de que lo «latinoamericano» como ideología está perdiendo peso.

El crecimiento demográfico de lo «latino» en Estados Unidos es otro fenómeno que hay que tener en cuenta. No sólo aumenta la población latina, sino los periódicos, las radios, la televisión, el peso del voto hispánico en las elecciones a la Presidencia, hasta el punto de estar diluyéndose la vieja identidad norteamericana —blanco, anglosajón, protestante— por otra más amplia y de contenido indefinido.

Es muy posible, pues, que la expresión «América Latina» esté perdiendo la importancia y la precisa definición que tuvo en otros momentos. No olvidemos que también el vocablo, como dije antes, es de origen europeo y que fue un francés, Michel Chevalier, quien acuñó la expresión en 1836, para, de alguna forma, justificar la política de Napoleón III. Está dentro de lo admisible, si de lo que se trata es de alejar toda sospecha de eurocentrismo en la denominación del continente, que la expresión se quiera rechazar; en cualquier caso, no podemos dejar de señalar lo polémico de la denominación.

Un hecho queda para mí inaccesible a toda crítica, y es la pervivencia de la palabra «América» para designar al continente del que los europeos tuvieron conciencia por primera vez en el período de 1492 a 1504. No podrá obviarse nunca el hecho de que se produjo entonces un encuentro brutal en que lo europeo dejó una huella perdurable y continua sobre las nuevas tierras, las cuales se configuraron como un inmenso sincretismo cultural por el que quedaron incorporadas a Occidente.

La realidad es que, si ahora México se siente más cerca de Estados Unidos que de España, es posible que se convierta en el país mediador por excelencia entre los países del sur y los del norte de América, ami-

norando las tensiones seculares entre unos y otros. En cualquier caso, si estos países no quieren ser enteramente absorbidos por Norteamérica, deberán enfatizar sus actividades de reafirmación propia, mediante eso que algunos llaman ahora «segunda independencia»; sólo de esta forma culminará el proceso de una identidad cultural propia frente a Europa, alejándose de cualquier mimetización eurocéntrica. Se reafirmará así la idea que defendemos aquí: la de que «América» es una unidad continental, provisoriamente anticipada por una cultura de síntesis y de integración. Se realizará así —de verdad, y no sólo retóricamente— aquello tan viejo de «América para los americanos». Pero... para *todos*.